

Bicentenario de la Batalla de Salta. La patria en marcha

POR **HERNÁN LUNA** (*)

Resumen.

El tres de junio de 1813 Manuel Belgrano cumplía 43 años. Pese a las circunstancias aciagas podía rememorar los últimos meses -tan intensos y brillantes- como la etapa más gloriosa de su vida, la cual podemos intitular: “La patria en marcha”.

Palabras clave: Patria - Independencia - Libertad.

BICENTENAIRE DE LA BATAILLE DE SALTA. PATRIE EN MARS

Resumé.

Le 3 juin 1813 Manuel Belgrano s'est réuni à 43 ans. Malgré les circonstances malheureuses pouvaient se rappeler les mois - si intenses et brillants- comme la plus glorieuse étape de sa vie, qui nous pouvons intituler: “Patrie en mars”.

Mots clés: Patrie - Indépendance - Liberté.

En efecto, Belgrano observaba que en cuatro acciones había definido ese tornadizo presente con letras de molde, a saber: a) creación de la bandera (27-2-12); b) éxodo jujeño (23-8-12); c) batalla de Tucumán (24-9-12) y d) batalla de Salta (20-2-13).

He aquí la estrategia del prócer, quien con templanza, humildad, disciplina e inteligencia supo darnos colores y honores, que nos identifican en trascendencia de Nación con impronta definitiva. Esa patria naciente podrá declararse en poco tiempo más “independiente a la faz de la tierra” -la creación de la bandera fue el acto simbólico por el cual se adelantó dicha declaración-.

20 de febrero de 1813: Gran victoria de Salta

Luego del glorioso hecho de armas cumplido por los patriotas en Tucumán, Belgrano se abocó a la reorganización, instrucción y reclutamiento de nuevos efectivos, para mejorar la situación de su ejército, a través de cuatro meses de intensa labor en Tucumán.

El 8 de octubre de 1812 cayó el Primer Triunvirato y fue sucedido por el Segundo, integrado por Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte, el que decretó honores, el 20 de octubre de 1812, a los vencedores de Tucumán, desde el general hasta los soldados con distintivos para la tropa y escudos para los oficiales, confiriéndole a Belgrano el título de Capitán General, que declinó, aunque aceptó ejercer las facultades que de él emanaran. También otorgó luego la Asamblea al general victorioso 40.000 pesos como premios, que él destinó a la dotación y sostenimiento de cuatro escuelas (fortísima suma que Belgrano rechazó y que durante años no se cumplió con el fin al que él la había destinado).

Belgrano debió comenzar por poner orden en la oficialidad, pues había fisuras y enfrentamientos respecto de a quienes correspondía el mayor mérito en la victoria y quienes habían acreditado una actuación no tan destacada. Este resquebrajamiento de la disciplina tenía su origen en el ejército de la época en que Castelli privilegiaba el factor político en las relaciones jerárquicas.

(*) Profesor Ordinario Titular de la Facultad de Cs. Jurídicas y Sociales. UNLP. Miembro de Número del Instituto Nacional Belgraniano.

Por un lado, Dorrego y otros oficiales de infantería y artillería formulaban severos cargos contra el barón de Holmberg, a quien Belgrano dispensaba particular deferencia y cuyos consejos escuchaba; lo acusaban de cobardía y de haberse inferido una herida en la espalda para retirarse del campo de batalla. Paz, que era ayudante del barón y permaneció junto a él en la acción, dice en sus Memorias que los cargos eran infundado, que se había comportado con valor en la lucha y que había dado sensatos consejos y asesoramiento al General Belgrano. No obstante, el barón, debido a las presiones, fue separado del ejército y marchó a Buenos Aires.

Otro motivo de desasosiego fue la distinción que le hizo Belgrano al Coronel José Moldes al que había designado Inspector General de Infantería y Caballería y a quien algunos jefes acusaban de arbitrariedad y despotismo.

Al respecto hicieron una presentación por la caballería, Juan Ramón Balcarce; por la artillería, el Capitán Francisco Villanueva; por el 6 de Infantería, el Comandante Carlos Forest, y por el Batallón de Pardos, el capitán N. Pesón. La realizaron un domingo a las 4 de la tarde. Moldes, que horas antes se había enterado de los hechos presentó su renuncia a la Inspección, de modo que Belgrano, muy a su pesar, la aceptó y quedó zanjado el problema. La vanguardia que aun no había regresado de su persecución a Tristán, hizo una tardía presentación cuando ya se había producido el desenlace. Nos dice Paz que Belgrano consideró que Balcarce era el cabecilla del pronunciamiento, y estaba prevenido de ello, cuando se produjo otro hecho del que Paz tenía conocimiento por su hermano Julián, que era teniente de Húsares, y precisamente ayudante del Balcarce, a quien se acusaba de no haberse comportado con valor en la acción de Tucumán y de haber saqueado los equipajes de enemigo, cargo este último infundado, pues quien había hecho eso era un tal capitán Palomeque. La situación de Balcarce se hizo crítica, pues ni Dorrego ni Forest ni otros jefes influyentes del ejército sentían simpatía por él, pero los amigos civiles tucumanos de Balcarce lo sacaron del trance, nombrándolo representante de la Provincia de Tucumán al Congreso Constituyente, con lo que se cerró la causa y marchó ese oficial a Buenos Aires.

Buenos Aires reforzó el ejército del norte con 25 artilleros, con el regimiento 1 de Infantería al mando del teniente coronel Gregorio Perdriel, y con 300 hombres del 2 de Infantería al mando del teniente coronel Benito Álvarez; se alcanzó así un efectivo de 3000 hombres. También en ese tiempo, se incorporó a la oficialidad Juan Antonio Álvarez de Arenales.

No le faltaron por entonces nuevos problemas a Belgrano, producidos por oficiales díscolos. En una oportunidad, sin tener atribuciones, Dorrego irrumpió con una partida de soldados en una casa de juego de Tucumán, según nos narra Paz, y se llevó a los jugadores, incorporándolos como reclutas a su unidad. Al enterarse Belgrano al día siguiente del hecho, dispuso que los mismos fueran puestos en libertad, exclamando: "¡Es posible que después de haber privado al ejército de los servicios del barón y de Moldes, quieran también indisponerme con el vecindario!"

Amante de la paz, Belgrano se dirigió por entonces al liberal General realista Goyeneche, invitándolo a una solución pacífica entre americanos. El Triunvirato no aprobó esta actitud de tratar con el enemigo, pero Goyeneche le contestó el 29 de octubre, expresando sus deseos de paz y enviándole un ejemplar de la nueva Constitución liberal española.

Nuevamente el Triunvirato se opuso a que se divulgara esa correspondencia.

Tristán, entre tanto, se había acantonado en Salta con 2500 hombres, a los que se podían agregar 500 que ocupaban Jujuy y efectivos menores en Suipacha, Oruro, Cochabamba, Charcas y la Paz.

El 12 de enero inició la marcha el ejército patriota hacia Salta. Ese día la partida explotadora de caballería alcanzó Yatasto; el batallón de Cazadores y el número 2 rompieron la marcha, seguidos al día siguiente por el Regimiento número 6 y al otro, los Pardos y Morenos, la Artillería y el Batallón número 1; detrás, el tren y el Regimiento de Dragones Ligeros de la Patria.

El 1 de febrero, Belgrano, escoltado por el Regimiento de Dragones de Milicias de Tucumán, partió de la ciudad, llevando al ejército la noticia de la victoria de Cerrito.

La marcha se hizo por divisiones con grandes intervalos de tiempo. Los días 9, 10 y 11 de febrero se emplearon en vadear el río Pasaje, lo que se realizó sin inconvenientes, mediante botes y balsas. Se celebró a continuación una ceremonia castrense, en la que se prestó juramento de obediencia a la Asamblea General Constituyente que acababa de establecerse. Los oficiales y soldados hicieron su juramento ante una cruz formada por la espada de Belgrano y la bandera creada por él.

El día 13, a las 18, se inició la marcha desde el río Juramento (nombre que reemplazó al de Pasaje) y se alcanzó Cabeza de Buey al amanecer del día 14, tras recorrer 50 kilómetros. Esa mañana, el regimiento Dragones de la Patria que se desempeñaba como vanguardia, tomó por sorpresa el Fuerte de Cobos, donde descansaron el resto del día; el 16 continuaron hasta Punta del Agua, marchando bajo la lluvia 18 kilómetros. Desde allí destacó Belgrano la vanguardia al mando de Díaz Vélez, con la misión de apoderarse de Portezuelo, la que, al alcanzar Higuierillas, a 14 kilómetros de Punta del Agua, chocó el día 16 con las avanzadas de Tristán que ocupaban las alturas detrás de un riachuelo llamado Zanjón de Sosa.

Pero Belgrano que estaba con el grueso del ejército en Punta del Agua, sabía que la sorpresa era un principio fundamental y la aplicó con todo acierto. Detrás de la vanguardia, efectuó un moviendo envolvente con el grueso del ejército por difíciles caminos de montaña, logrando la proeza de marchar 17 kilómetros en una jornada por tales territorios, guiado por el Capitán salteño Apolinario Saravia, hijo del dueño de la estancia Castañares.

Tras efectuar el rodeo a través de la quebrada Chachapoyas, llegaron a la hacienda, una legua al norte de Salta, bajo una lluvia copiosa, el día 18, y acamparon en un potrero a 5 kilómetros de la ciudad.

En esos momentos, la vanguardia, que atacaba frontalmente, se replegó para accionar juntamente con el grueso, que el día 19, a las 11 de la mañana, avanzó por la pampa de Castañares y atacó la posición realista por la retaguardia.

Belgrano, seriamente enfermo había preparado un carro para efectuar en el los desplazamientos, pero a último momento pudo reponerse y montó a caballo.

Al mediodía, el ataque se generalizó desde distintas direcciones, sirviéndoles de guía el emblema azul y blanco. Desplazó entonces Tristán su dispositivo, improvisando una posición defensiva hacia el norte. Primero las alas realistas y luego el centro comenzaron a ceder ante el ataque arrollador de los patriotas.

En el Cerro San Bernardo, un destacamento realista resistía tenazmente el ataque patriota obligando a Belgrano a emplear sus reservas para lograr al fin la rendición.

Continuó el ataque a través del Tagareté, en momentos en que los realistas se replegaban al recinto fortificado de la plaza mayor. No le quedaban alternativas al general realista, quien ofreció la capitulación, que magnánimo concedió el vencedor con los honores de la guerra; les permitió retirarse desarmados, prestando previamente juramento de no tomar las armas contra las Provincias Unidas del Plata hasta el límite del Desaguadero, que era el objetivo a alcanzar que le había fijado el gobierno de Buenos Aires al General Belgrano. Bello gesto de un alma grande, que comprendió “que solo la armonía entre los pueblos podría permitirles alcanzar su grandeza”.

Cabe hacer algunas consideraciones sobre la índole de la guerra que se estaba desarrollando por esos tiempos en nuestra América.

Los nuevos estudios permiten verla con enfoques y criterios distintos. El insigne historiador Ricardo Levene sostenía con firmeza que América nunca fue una colonia de España, sino que sus partes eran provincias del imperio, reinos de ultramar, integrados por vasallos libres de la corona, como proclamó Isabel la Católica desde el Descubrimiento a los indios y luego súbditos, que tenían sus representantes en las Cortes o sea el Parlamento de España.

En tal carácter, distinguidos historiadores, como el prestigioso Roberto Marfany y luego Julio Luqui - Lagleyze, entre otros, sostienen que la guerra de la independencia, tanto en España como en América, fue una guerra civil, en la que se enfrentaron dos concepciones: la absolutista de Fernando VII y la liberal de la Junta de Cádiz y demás juntas constituidas.

En ambos bandos había españoles y americanos. Prueba de ello es que el liberal General Pío Tristán, vencido en Tucumán y Salta, fue en su país, Perú, el último Virrey *in pectore* y Ministro de Guerra en el Perú independiente en el 1830.

Igualmente, varios presidentes peruanos revistaron y combatieron en el ejército real en el sector liberal, y luego presidieron brillantemente la nación peruana, entre ellos La Mar, Castilla, Santa Cruz y Salaverry.

En conclusión, el tremendo e inteligente esfuerzo de Manuel Belgrano logró en tan solo un año, sin recursos, sin apoyo del gobierno central, disciplinando y ordenando un ejército devastado, darnos bandera, victorias y territorio. Logrando asegurar el único movimiento revolucionario de América que tuvo continuidad y permanencia. El cual luego sería catapultado por San Martín, allende la cordillera. Salta fue el reaseguro de todo ese movimiento revolucionario, he ahí su gloria imperecedera.

Bibliografía

- LUNA, Hernán. Origen de los colores de la Bandera, En: *El día*. La Plata, 17-6-1996.
- PAZ, José María (1995). "Rasgos morales, cívicos y castrenses". En: *Manuel Belgrano: los ideales de la patria*. Buenos Aires, pp. 126-128.
- QUARTARUOLO, Mario. *Gesta belgraniana de Tucumán a Salta*. En: 4to Congreso Internacional de Historia de América. Buenos Aires. Academia Nacional de la Historia. 1966. t. IV, pp. 499-524.
- QUARTARUOLO, Mario. *Preocupación de Belgrano por sus prisioneros y subordinados*, En: Instituto Belgraniano, Buenos Aires. "Belgrano". Buenos Aires: Circulo militar, 1963. pp. 209-214.
- RODRIGUEZ, Augusto G. Belgrano militar. En: La Prensa, Buenos Aires, 14-6-1970.
- RODRIGUEZ, Lilo Noé. El General Manuel Belgrano conductor militar. En: *Anales del Instituto Belgraniano Central*. Buenos Aires, 1981. n. 3. pp. 131-146.
- ROJAS, Ricardo. Belgrano en Jujuy. En: *Fray Mocho*. Buenos Aires, 25-5-1913.
- ROMAY, Francisco L. El escudo de Salta. En: *Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*. Buenos Aires, 1954. n. 56.
- ROMERO, José Gregorio. La campana de la patria en Salta. En: *Tribuna Popular*. Salta, 25-2-1913.
- ROMERO SOSA, Carlos Gregorio. Datos ampliatorios sobre el Campo de Salta. En: *Nueva Época*. Salta, 29-3-1941.
- SOLÁ DE CASTELLANOS, Sara. Belgrano, el Ejército del Norte y los salteños en la batalla de 20 de febrero. En: *El Intransigente*. Salta, 20-2-1963.